

Haciendo del Peligro una Vocación: La antropología, la violencia, y los dilemas de la observación participante

Dennis Rodgers*

Programa de Estados en Crisis, Development Studies Institute, London School of Economics & Political Science

RESUMEN

Los estudios antropológicos de la violencia han tendido a mostrar un sesgo hacia las víctimas de la violencia en lugar de los perpetradores de la violencia, estudiando a estos últimos fundamentalmente a través de métodos pasivos. Aunque existen un número de razones válidas que explican la resistencia de los antropólogos a estudiar la violencia por medio de la observación participante, se puede argumentar que esta postura es fundamentalmente limitadora, en la medida en que el punto fuerte del método antropológico de la observación participante consiste en la participación activa del investigador/a en el proceso que se está estudiando. El tema central de este artículo explora en qué grado es necesario para los antropólogos que estudian la violencia desde la perspectiva de los perpetradores de la misma el “hacer del peligro una vocación” por medio de su relación con sujetos violentos para poder comprender propiamente el fenómeno. El tema es analizado a través de la descripción y consideración de las experiencias del autor al ser iniciado en una pandilla juvenil en una ciudad de Nicaragua, experiencias que plantean una serie de cuestiones sobre la naturaleza de la práctica de la investigación etnográfica en general y de la violencia en particular.

ABSTRACT

Anthropological studies of violence have tended to display a critical bias towards the victims of violence over the perpetrators of violence, studying the latter only through passive means. While there are a number of valid reasons for anthropologists' manifest reluctance to study the violent in a participatory manner, it can be argued that this is fundamentally limiting, as the anthropological method of participant observation draws its comparative advantage from the investigator's active participation in the processes he or she is studying. The central issue this article consequently explores is to what extent it is necessary for anthropologists studying violence from the perspective of perpetrators to "make danger their calling" by engaging with the violent in order to properly understand the phenomenon. It does so through a description and consideration of the author's experience of being initiated into an urban Nicaraguan pandilla (youth gang), which raises a number of issues about the nature of ethnographic research practices in general, and on violence in particular.

Palabras clave: violencia, pandillas juveniles, métodos cualitativos, etnografía, ética de la investigación, Nicaragua

1. Introducción

El antropólogo noruego Christian Krohn-Hansen, en un ensayo de reciente aparición en cual analiza la situación actual de la antropología de la violencia, aduce que “durante los últimos diez a quince años, la antropología ha registrado un mayor interés en la violencia” y que, como resultado, “si existe *algo* que parezca caracterizar el momento actual en la antropología ...es [este] interés significativo en la violencia¹. La búsqueda en la base de datos de la Bibliografía Internacional de las Ciencias Sociales, combinando las contraseñas “antropología” y “violencia”, parece confirmar este aserto, ya que produjo un número de

* Traducido al español por M. Victoria Mejía, con el apoyo financiero del Consejo Británico, Bogotá, Colombia.

¹ Krohn-Hansen (1997:233, énfasis del autor).

artículos para el periodo 1991-2000 *cinco veces* superior al de los cuarenta años anteriores². Que este hecho convierta a la antropología de la violencia en el “símbolo” del “momento actual” de la disciplina, como Krohn-Hansen sugiere, quizás esté abierto al debate, pero definitivamente no lo está que la antropología de la violencia esté adquiriendo importancia como subgénero disciplinario.

Al mismo tiempo, sin embargo, se puede decir también que es un subgénero que sufre de debilidades metodológicas críticas. Hasta el análisis más superficial de la literatura pertinente pone de relieve el hecho que el número de antropólogos que han estudiado grupos o individuos violentos es pequeño en comparación con el número de investigadores que han investigado la violencia desde la perspectiva de quienes la padecen. Por tanto, en contraste con el carácter por lo general holístico de gran parte de las investigaciones antropológicas, la inmensa mayoría de estudios antropológicos de la violencia tienden a mostrar un sesgo crítico hacia las víctimas o sujetos de la violencia, en detrimento de quienes la practican. Además, los pocos estudios que *sí* incluyen en su órbita a los autores de la violencia, lo hacen en gran medida a través de entrevistas y de otros métodos no participativos, con frecuencia de manera retrospectiva, y por fuera del contexto real de la violencia³.

Se puede sostener que estos dos prejuicios son metodológicamente limitante. La antropología tradicionalmente requiere lograr lo que Max Weber denominó “*verstehen*”⁴, o el entendimiento interpretativo. Eso exige intrínsecamente una familiaridad integral de los contextos y procesos que uno esta investigando, es decir con todos los actores y sujetos sociales que los constituyen. Desde este punto de vista, al igual que con el estudio antropológico de otros fenómenos sociales, se puede afirmar que es necesario considerar todos los lados de la ecuación para verdaderamente entender las prácticas violentas.

Semejantemente, el “gran invento de la antropología moderna” – para utilizar la expresión de Keith Hart⁵ – ha sido la observación participante, una metodología de investigación a través cual se capta la realidad social de una sociedad o grupo mediante la inclusión del investigador en el colectivo objeto del estudio. Así solamente, con una exposición prolongada a la prueba del terreno, se puede verdaderamente lograr entender la realidad sociales. Tal vez más que cualquier otra disciplina de las ciencias sociales, la antropología está hecha por su metodología, es lo que la distingue de otras disciplinas cercanas y lo que también hace su fuerza. Visto de esta manera, entonces, como lo subrayan Antonius Robben y Carolyn Nordstrom, para estudiar la violencia antropológicamente, uno puede sostener que automáticamente “uno debe ir a donde ocurre la violencia, [e] investigarla según vaya ocurriendo”⁶.

Aún aceptando la existencia de una falta de visión holística y la necesidad de ir a donde ocurre la violencia para estudiarla, surgen varias cuestiones fundamentales con relación al grado al cual y la manera por la cual los antropólogos tienen que involucrarse en la violencia y con los violentos para investigar el fenómeno. En particular, podemos plantear preguntas con relación al punto hasta cual es legítimo hacerlo y como se hace prácticamente. O, más dramáticamente, parafraseando al filósofo alemán Friedrich Nietzsche, podemos preguntar, ¿como deberían los antropólogos “hacer del peligro una vocación?”⁷. Como espero demostrar a través de mis propias experiencias investigando una pandilla urbana en Managua,

² Ver <http://www.bids.ac.uk>. La base de datos mostró un total de 52 reseñas para el periodo 1991-2000, en comparación con siete para el periodo 1981-1990 y tres para el periodo 1971-1980. Por su parte, la búsqueda para la década de 1961-1970 y para 1951-1960 no mostró ninguna reseña.

³ Ver Daniel (1996), Feldman (1991), Mahmood (1996), Robben (1995), o Sluka (1989).

⁴ Ver Weber (1949).

⁵ Hart (sin fecha:1).

⁶ Robben y Nordstrom (1995:4). Ver también Bourgois (1995:14).

⁷ Nietzsche (1969 [1883-1885]:48).

Nicaragua⁸, esta pregunta está rodeada de complejidades que van más allá de preocupaciones metodológico-teóricas, pero implica profundos dilemas morales y prácticos.

2. La antropología y el estudio de la violencia

La parcialidad que los estudios etnográficos de la violencia tienden a presentar hacia las víctimas o sujetos de la violencia sin duda se debe, en parte, al hecho que cuando los antropólogos han estado directamente expuestos a la violencia, por lo general ha sido como víctimas, antes que como victimarios. Pero asimismo importante – y hasta cierto punto, tal vez causalmente relacionado – es que los antropólogos, las más de las veces, han investigado la violencia a partir de una ideología subyacente, tratando de encontrar posiciones desde las cuales “hablar y escribir en contra [de ella]”⁹. Como señala Antonius Robben, este tipo de esfuerzo es, por razones obvias, más fácil de hacer cuando se escribe desde la perspectiva de las víctimas (aun si, como el mismo autor plantea, los discursos, *tanto* de las víctimas como de los autores de la violencia intrínsecamente son siempre intentos para “seducir” y, por tanto, “convertir” al antropólogo¹⁰).

Sin embargo, como afirma Cynthia Keppley Mahmood en su estudio de los militantes Sikh de Khalistan¹¹, estudiar a los violentos es casi tan crucial para entender las complejidades plenas de la violencia con el objeto de denunciar el fenómeno. Desestimando el argumento frecuentemente invocado que escribir acerca de los autores de la violencia les brinda una “coartada estética”, idealizando quiénes son y qué hacen, o, más bien, alimentando una amoralidad relativista, Mahmood sostiene que “hasta cuando llegue a ser perfectamente normal para los especialistas estudiar la violencia hablando y compartiendo con la gente que se involucra en la violencia, el mito siniestro del violento malvado e irracional continuará abrumando intentos más pragmáticos para lúcidamente hacer frente al problema del conflicto”¹².

Pero en tanto que la posición de Mahmood tiene mucho sentido, se puede identificar una cierta cantidad de problemas de orden práctico que hacen que los antropólogos tendrán a no involucrarse en la observación participante con actores violentos. Son diversas las razones que sustentan esta situación. Por una parte, sin duda esto se debe a los riesgos obvios intrínsecos a la asociación con la violencia¹³. Como lo plantea Raymond Lee, “parecen existir pocas dudas en el sentido que los peligros inherentes en algunos escenarios de investigación han disuadido a los investigadores de adentrarse en esos terrenos”¹⁴. En forma análoga, Jeffrey Sluka se refiere a la forma en que los antropólogos “optan ellos mismos por eludir” situaciones de trabajo de campo potencialmente peligrosas¹⁵.

Por supuesto, al mismo tiempo no se puede decir que los antropólogos nunca se encuentran en circunstancias peligrosas durante el transcurso de su trabajo de campo. Muchos

⁸ Investigación emprendida en el contexto de un doctorado en antropología social otorgado por la Universidad de Cambridge, en parte financiado por el Instituto Real de Antropología de Gran Bretaña e Irlanda del Norte y el Fondo William Wyse del Trinity College de la Universidad de Cambridge. Ver Rodgers (2000), y también – en castellano – Rodgers (1997).

⁹ Nordstrom y Martin (1992:3). Ver también Robben y Nordstrom (1995: 11-12), Scheper-Hughes (1992: 21-26), y Taussig (1987: 3).

¹⁰ Ver Robben (1995: 84).

¹¹ Mahmood (1996).

¹² Mahmood (1996: 272).

¹³ Ver Howell (1990), Lee (1995), y Nordstrom y Robben (1995).

¹⁴ Lee (1995: 6).

¹⁵ Sluka (1990: 124).

han sido testigos de la violencia o han estado ellos mismos sujetos a la violencia, por ejemplo, y las historias de encuentros cercanos son más que frecuentes en los departamentos de antropología alrededor del mundo. Lo que, tal vez, es más exacto sería describir la relación de la mayoría de los antropólogos con la violencia como una relación que, en términos generales, podríamos llamar “pasiva”. Utilizo el término “pasiva” no para referirme a una falta de acción o de participación en la violencia sino, más bien, para poner de relieve el hecho que los antropólogos en general casi nunca se involucran en la praxis de la violencia. Podríamos imaginar al antropólogo o a la antropóloga como la víctima de la violencia, pero no como el victimario.

El uso generalizado de la metáfora de “pornografía”¹⁶ para describir el carácter de la etnografía de la violencia alude a esa conceptualización aislada de la relación entre el antropólogo o la antropóloga y el (los) actor(es) violento(s). Bajo esta imagen, el primero está proyectado implícitamente como el *mirón* de la obscenidad del segundo, indicando, por tanto, una ausencia de participación o acción sincera. Lo que la metáfora de la “pornografía” también subraya por la naturaleza de la imagen, es el profundo sesgo moral que permea gran parte de la investigación antropológica de la violencia, lo que de muchas formas es un disuasivo tan poderoso – si no todavía más poderoso – a la participación de los antropólogos en la violencia, como lo es el factor de riesgo personal.

Eso es algo que queda claro en un artículo de Mark Fleisher adónde describe el carácter de su investigación sobre los *Fremont Hustlers*, una pandilla de la ciudad de Kansas. Refiriéndose a sí mismo, explica como puede existir una renuencia nada despreciable por parte de los antropólogos a asociarse o integrarse estrechamente con estilos de vida agresivos, y lo que muchos podrían considerar inmorales¹⁷. Aun aquellos (muy pocos) antropólogos que han intentado crear activos vínculos participativos entre ellos mismos y los violentos, han mostrado una tendencia a hacerlo de una manera alejada de las mismas prácticas violentas, implícitamente por razones morales. Por ejemplo, en el contexto de su investigación sobre el terror político vasco, Joseba Zulaika, quien en realidad intentó unirse a la ETA, la organización separatista vasca, con el propósito de estudiar a los militantes¹⁸, retrata al “antropólogo como terrorista” por iniciar un diálogo con – y por tanto brindar un foro público a – los activistas de la ETA, antes que la posible participación directa por parte del antropólogo¹⁹. Pero muchas veces, el antropólogo o la antropóloga no tiene esta opción de disociarse de la violencia. A veces, como espero lo aclarara lo que sigue, puede estar forzado en un determinado curso de acción violento como resultado del contexto social en el cual se encuentra para desarrollar su investigación.

3. Encuentro con Nicaragua

El 10 de julio de 1996 emprendí viaje a Nicaragua, y es en ese momento cuando mi “odisea nicaragüense”²⁰ comenzó realmente. Aunque había dedicado los diez meses anteriores a prepararme para el trabajo de investigación por lo cual iba a Nicaragua, las circunstancias que encontré “en el campo” diferían tanto de la imagen que me había hecho a partir de mis anteriores lecturas, que éstas bien podrían haber sido acerca de otro país totalmente distinto, y en los días que siguieron a mi llegada a Nicaragua me sentí más o menos como si estuviera

¹⁶ Ver por ejemplo Bourgois (1995: 15-18), Daniels (1996: 4) y Mahmood (1006: 272).

¹⁷ Ver Fleisher (1998).

¹⁸ Ver Zulaika (1998: xxvii) y (1995: 207-8).

¹⁹ Zulaika (1995).

²⁰ Ver Rushdie (1987).

comenzando una investigación completamente nueva. Mi proyecto inicial se había titulado – de forma algo idealista – *Cantos de vida y esperanza: estrategias de supervivencia en los barrios de la Nicaragua urbana contemporánea*, y su propósito era investigar los medios a través de los cuales los individuos y las comunidades se organizan creativamente a sí mismos social y culturalmente con el fin de manejar la crisis económica y la inseguridad (que según se informaba ampliamente era característica de Nicaragua en ese entonces).

En particular, había tenido la esperanza de estudiar las redes de solidaridad y cooperación espontánea que, suponía, constituirían la base de estas “estrategias de supervivencia”, considerando la profunda influencia que, según se informaba, la renombrada revolución izquierdista Sandinista de los años 80 había tenido en Nicaragua, mis propias tendencias políticas izquierdistas y creencias consecuentes acerca de la “socialidad” inherente del Hombre²¹, así como el gran bagaje de la literatura antropológica, sociológica y económica sobre la organización de la vida en condiciones de pobreza²². Sin embargo, pronto se hizo evidente que los ejemplos de estas formas comunitarias de organización social eran escasos en el contexto de la Nicaragua urbana contemporánea. Lo que encontré, más bien, fueron condiciones sociales caracterizadas por desintegración, fragmentación, apatía, desilusión y – en especial – violencia, lo que me obligó a replantear radicalmente la investigación que proponía realizar.

Hay que reconocer que un precepto generalmente aceptado del comportamiento antropológico es que los proyectos anteriores al trabajo de campo serán a menudo objeto de cambios significativos como resultado de la experiencia etnográfica. Adaptarse a la realidad, descartar preconcepciones inapropiadas, y asumir nuevas propuestas de investigación son no solamente ocurrencias frecuentes sino, de hecho, “procedimientos normales” durante el trabajo de campo²³. Sin embargo, como lo destaca Frank Pieke en sus reflexiones sobre las implicaciones del movimiento democrático chino de 1989, el cual irrumpió en la escena de China cinco meses después de que el investigador iniciara su trabajo de campo doctoral sobre políticas estatales de reforma económica²⁴, este tipo de adaptación involucra algo más que simplemente los intentos del antropólogo por sensibilizarse ante circunstancias inesperadas. La realidad social puede igualmente imponerse en forma activa sobre el investigador, en ocasiones de maneras en extremo brutales y traumáticas, en particular, como han observado Antonius Robben y Carolyn Nordstrom²⁵, cuando los fenómenos sociales involucrados se relacionan con la violencia.

Y así sucedió con mi encuentro con la realidad social de la Nicaragua urbana contemporánea. La desintegración, apatía y desesperanza que caracterizaban a la sociedad nicaragüense eran tan omnipresentes que no resulta exagerado afirmar que eran casi tangibles. Tan impregnado de idealismo como yo estaba, mi primera respuesta a este “rostro atroz de una verdad apenas vislumbrada”²⁶ emulaba de manera traumática la reacción de Kurtz ante su visión percibida de la naturaleza humana en *Corazón de Oscuridad* (*Heart of Darkness*), la famosa novela de Joseph Conrad: “¡El horror! ¡El horror!”²⁷. Pasado escasos días de mi

²¹ Sobre este aspecto, ver en particular Marx (1977: 56-57, 90-96, 114-123, 134, 153-155 & 496-506), para quien el Hombre era un “ser social”, imbuido con “bondad natural” y una “naturaleza comunitaria” (1977: 91, 153 & 115).

²² Ejemplos significativos de esa literatura que ilustran este punto de vista incluyen (entre otros): Argüello (1981), Engels (1973), González de la Rocha (1994), Lloyd (1979 y 1980), Lomnitz (1977), Moser (1981), Perlman (1976), Roberts (1973) y Sinclair (1995), por ejemplo.

²³ Ver Crapanzano (1986: 51).

²⁴ Ver Pieke (1995).

²⁵ Ver Robben y Nordstrom (1995: 13).

²⁶ Conrad (1990 [1902]: 65).

²⁷ Conrad (1990[1902]: 64).

llegada, y con cierto grado de cinismo, yo había dado un nuevo nombre a mi proyecto de investigación: *Cantos de apatía y nihilismo: una travesía al corazón oscuro de Nicaragua...*

Más allá de esta desintegración probablemente benéfica de mis, en últimas, bastante ingenuas ilusiones, fue particularmente el verme confrontado activamente con la violencia en una forma que jamás había conocido antes, lo cual constituye la manera más directa en la cual la realidad social de Nicaragua “se impuso” sobre mí. Una semana después de mi llegada, fui atacado por dos jóvenes armado con una navaja cuando caminaba por la calle, y un mes después, me volvieron a asaltar, esta vez una pandilla de una docena quienes me pararon a punta de ametralladora, me robaron y me golpearon. Ninguno de los dos sucesos fue de ninguna manera divertido y no me avergüenza decir que después de cada ataque estuve muy tentado de irme de Nicaragua. Que haya terminado quedándome probablemente se debió menos a alguna forma de valentía personal y más a una terquedad obtusa; sin embargo, más allá de estas consideraciones, estas experiencias de violencia – así como las muchas experiencias posteriores – son importantes porque determinaron el pulso de los once meses siguientes de mi trabajo de campo.

Narro estos sucesos con el ánimo de situar con claridad el origen del tema de mi investigación. Como señala Roger Lancaster, a pesar del hecho que se sabe que la realidad es diferente, con demasiada frecuencia la literatura antropológica *ex post facto* asume la forma de “cuentos de así-fue-como”, en las cuales las situaciones descritas se presentan como si se hubiesen encontrado “exactamente como ... se imaginaban” antes del trabajo de campo²⁸. Siendo lo que es el carácter tan aleatorio e improvisado del trabajo de campo etnográfico, sospecho que pocos – si acaso – antropólogos alguna vez se encuentran en tales circunstancias, y adoptar un enfoque tan representacional crea, por consiguiente, una sensación falsa de “objetividad” y “autoridad”. Por tanto, quiero establecer claramente que mis violentos encuentros con la realidad social de Nicaragua modificaron profundamente mi proyecto de investigación.

Como anota Allen Feldman, la violencia es formativa; moldea las percepciones de las personas sobre quiénes son y cómo interactúan con su entorno social y físico²⁹. El antropólogo que soy no era excepción, y cada experiencia de violencia que sufrí durante mi primer mes en Nicaragua – la primera vez en mi vida que he estado seriamente sometido a la violencia directa – precipitó en mí lo que Antonius Robben y Carolyn Nordstrom denominan un “choque existencial”³⁰, afectando profundamente mi relación tanto conmigo mismo como con Nicaragua. Como resultado de ello – aunque tal vez no deba sorprenderme por eso – el enfoque de mi investigación cambió rápidamente de su interés inicial en las “estrategias de supervivencia” de los pobres urbanos a la cuestión de la experiencia y el papel de la violencia en el contexto de la desintegración social de la Nicaragua urbana contemporánea.

Hasta cierto punto, supongo que a mi investigación la podrían acusar de ser subjetiva en extremo, de ser más una reflexión de mis flaquezas personales que cualquier otra cosa. Por mi parte, prefiero considerarla como un caso de lo que Raymond Lee denomina “trabajo de campo involuntario”³¹. La noción de antropología “involuntaria” se distingue de la noción de “antropología accidental” en cuanto implica la existencia de un elemento de restricción. Aunque puede ser que los “investigadores trabajan a menudo en escenarios que el conflicto violento hace peligrosos, o en situaciones sociales en las que la violencia y el riesgo interpersonales son lugares comunes”, y que “en muchos casos es la violencia misma, o las condiciones sociales y las circunstancias que la producen, lo que de manera activa atrae la

²⁸ Ver Lancaster (1992: xvi-xvii).

²⁹ Ver Feldman (1991).

³⁰ Robben y Nordstrom (1995: 13).

³¹ Ver Lee (1995: 61-63).

atención del científico social”³², yo no fui a Nicaragua con la intención de estudiar la violencia; por el contrario, si hubiera sabido de antemano que Nicaragua era tan violenta, casi con certeza habría optado por un país diferente dónde llevar a cabo mi trabajo de campo. Pero una vez en Nicaragua, me vi afectado por la violencia en formas que no podía pasar por alto y que me obligaron a estructurar tanto mi comportamiento personal como profesional respecto de este fenómeno.

Como tal, se podría decir que la investigación “involuntaria” de hecho representa quizás la quintaesencia del carácter “dialógico” del trabajo de campo, el cual, como argumenta Frank Pieke, involucra al antropólogo en “un diálogo con *toda la realidad social encontrada*”³³. Aunque, en teoría, habría sido posible persistir con mi proyecto de investigación original y estudiar a una de las escasas manifestaciones de cooperación y solidaridad colectivas que continúan existiendo esporádicamente aquí y allá entre los pobres urbanos de la Nicaragua contemporánea – ciertamente no habría sido la primera vez que una investigación antropológica se habría ocupado de lo esotérico – el hecho de estar en el contexto nicaragüense más largo de desintegración social y violencia y sus “comunicaciones” consiguientes sobre mi persona simplemente impidieron que esto fuese posible. Desde esta óptica, de este tipo de “diálogo” surgió el interés de mi investigación relativo a la violencia y, por consiguiente, razonablemente representa quizás no tanto una contingencia arbitraria cuanto una respuesta inevitable al contexto social de la Nicaragua contemporánea.

4. Ingreso a la pandilla

Los actores más notorios del panorama de violencia de la Nicaragua contemporánea son las ubicuas pandillas, o bandas de jóvenes delincuentes, que deambulan por las calles de los barrios urbanos robando, golpeando, aterrorizando, matando, y muchas veces transformando partes de ciudades en zonas de cuasi guerra, cuando combaten entre ellas en una manera semiritualizada con armas que van desde palos, piedras y cuchillos hasta ametralladoras AK-47, granadas de fragmentación y morteros. Aunque no todos son pandilleros, 52 por ciento de los detenidos en Nicaragua en 1997 tenían entre 13 y 25 años, es decir la edad de membresía dentro de una pandilla, lo que hace suponer lógicamente que las pandillas son contribuyentes mayores al crimen en Nicaragua.³⁴ Ciertamente, en un sondeo reciente, el crimen fue identificado como el problema principal del país por una margen de mas de 30 por ciento de los respondedores, y más del 50 por ciento dijeron que las pandillas eran los autores más frecuentes de actos criminales.³⁵

Durante los diez meses de mi permanencia en el barrio de bajos ingresos Luis Fanor Hernández³⁶, por ejemplo, de una población de aproximadamente 3.000 habitantes, docenas de pobladores fueron heridas³⁷ y por lo menos cinco fueron asesinados como resultado de la violencia de las pandillas.³⁸ Otros cuatro miembros de la pandilla del barrio también murieron. Por tanto, la tasa de muertes relacionadas con la violencia de las pandillas para la

³² Lee (1995: 1).

³³ Pieke (1995: 76, énfasis del autor).

³⁴ Ver Rocha (2000).

³⁵ Ver PNUD (2000: 130) y Cajina (2000: 177).

³⁶ Seudónimo. Todos los nombres de individuos nombrados en este artículo son igualmente seudónimos.

³⁷ Personalmente pude confirmar 43 casos durante el transcurso de mi trabajo de campo, pero me contaron acerca de docenas de otros casos. Lo cierto es que las personas afectadas por la violencia de las pandillas abarcarían una zona que trasciende mis propias redes sociales en el barrio.

³⁸ También supe de otras tres víctimas, pero no pude confirmar estos hechos sino a través de relatos contradictorios de cuarta y quinta mano. Por tanto no los incluyo en mi conteo.

población del barrio resulta ser equivalente a cerca de 360 por cada 100.000 durante el año de mi permanencia en Nicaragua, lo que es una cifra bastante elevada (y considerablemente más elevada que la tasa oficial de homicidios en Nicaragua que durante los años 90 era en promedio alrededor de 15 por cada 100.000 personas, lo que sin duda es una subestimación, aunque la diferencia entre la verdadera tasa nacional y la oficial es probablemente menos importante que la diferencia que existe con la tasa del barrio Luis Fanor Hernández³⁹). En tales circunstancias, tal vez no sea sorprendente que las pandillas y su violencia se hayan convertido rápidamente en el punto focal de mi investigación. Quizás menos obvio fue mi manera de ingresar al mundo del pandillerismo.

5. Primer contacto

Cuando me fui a vivir al barrio Luis Fanor Hernández, en septiembre de 1996, mi preocupación inmediata fue averiguar si había una pandilla en el vecindario. Como el mes anterior había tenido un desagradable encuentro con una pandilla, mi mayor interés era identificar a la pandilla y, luego, evitarla. Sin embargo, mis preguntas sobre el particular a doña Yolanda y a otros miembros de la familia Gómez, donde me alojaba, produjeron una respuesta evasiva “sí, hay una pandilla, pero no se preocupe por ella” y como no iba a obtener mayor información, con cierta renuencia decidí emprender mi trabajo de campo sin esta variable crucial –para mí- y confiar en mi sentido común para evitar un encuentro desagradable con la pandilla del barrio. Siguiendo un método antropológico que el tiempo ha honrado, y pese a la insistencia de mis vísceras de disolverse continuamente en sí mismas, emprendí mi trabajo de campo dedicando considerable tiempo a vagar por las calles del barrio en la esperanza de entablar un diálogo con cualquier persona que quisiera conversar conmigo.

Transcurridos dos días de solitaria contemplación de la vida del barrio, Julio se me acercó una mañana pidiéndome un cigarrillo, que pronto le di. Conversamos un rato de dónde venía yo y qué estaba haciendo en el barrio, hasta cuando un repentino chubasco interrumpió esta interacción preliminar. Aunque en ese momento no lo sabía, esa fue mi primera interacción con la pandilla local, ya que Julio resultó ser un miembro importante de la pandilla del barrio. Durante las siguientes semanas, me reunía casi todos los días con Julio, y también con Miguel, Jairo, “Chaparro”⁴⁰, Pedro y Jader (quienes resultaron ser miembros de la pandilla del barrio). Nos sentábamos en el borde de la acera, a veces conversando animadamente de cualquier cosa, a veces en silencio, pero siempre fumando.

Era obvio que las conversaciones con Julio y los demás eran una especie de prueba de ambas partes, mientras mutuamente tratábamos de averiguar quiénes éramos. Claro está que yo trataba tenazmente de averiguar si ellos eran miembros de la pandilla local, como me lo había insinuado la familia Gómez. Sin embargo, con igual persistencia ellos negaban la existencia de una pandilla en el barrio (aunque después, tal vez después de que pasé la prueba, aceptaron alegremente que eran pandilleros). Sus preguntas giraron en torno a quién era yo, y lo que yo pensaba sobre diversos temas, entre ellos las drogas (ningún problema), el barrio (hasta ahora está bien, nadie me ha atacado), Nicaragua (violento), mi reciente experiencia de ser atacado por una pandilla (que ellos identificaron como la pandilla “Los Rusos” y me dijeron que había tenido suerte de haber escapado tan fácil ya que eran “dañinos”), y mi proyecto de investigación (la vida en el contexto de la violencia).

¿Por qué estos pandilleros socializaron conmigo? En cierta medida, tal vez fue algo inevitable, considerando mi edad – 23 años en ese entonces, muy cercano de la edad de los

³⁹ Ver Rodgers (2004: 5-6) para una explicación de esta subestimación.

⁴⁰ Una expresión coloquial de América Central que significa “pequeño” o “enano”.

pandilleros más viejos (tenían entre 7 y 22 años) – y género (las reglas culturales machistas muy fuertes en Nicaragua hacen que existe una división espacial muy estricta tal cual la calle es territorio masculino y la casa se vea territorio femenino;⁴¹ los pandilleros en el barrio eran todos varones). Además, como elemento novedoso que ocupaba espacio “público” en el barrio, automáticamente me convertí en objeto de investigación ante los pandilleros conscientes de su territorio. Más tarde Julio me contó que mi apariencia los había confundido. Aunque era obvio que yo era algo un poco mayor que ellos y era también un “chele” – un término local que se utiliza para denominar a los europeos, en oposición a los estadounidenses a quienes llaman “gringos”,⁴² – y ambos hechos significaban que normalmente me habrían clasificado como “otro” socialmente, yo también tenía apariencia de pandillero, porque tenía la cabeza rapada y lucía un arete, y por tanto se preguntaban si yo no sería un “broder” (hermano) europeo.

Lucir la cabeza completamente rapada se consideraba “*dañino*”⁴³. Solamente Julio, a quien se tenía como uno de los más dañinos de los pandilleros del barrio, tenía la cabeza totalmente rapada como yo cuando llegué al barrio, aunque muchos pandilleros lucían cortes de pelo que incluían un rapado parcial de la cabeza, ya que el hecho de al menos raparse parcialmente la cabeza se asociaba con la imagen del pandillero, tanto en el ámbito de los mismos pandilleros como en el de la sociedad más amplia. Los aretes eran más comunes entre la población joven en general, aunque todavía este hecho conservaba algo de la “excitación pandilleresca” de “maldad”, como lo hacían los tatuajes (que, sin embargo, yo no tenía). Además, yo dedicaba horas a vagar en las calles, lo cual era una actividad pandillera por excelencia en el espacio privilegiado de los pandilleros, y también yo fumaba todo el tiempo – por razones de nervios – como nunca antes habían visto fumar a nadie, lo que causaba una mezcla de curiosidad y algo de respeto.

Esta fase tal vez probatoria de mi socialización terminó un par de semanas después, cuando otros jóvenes comenzaron a unirse a nuestras charlas diarias, las que a veces se volvieron nocturnas, que duraban hasta la madrugada, durante las cuales casi siempre se fumaba marihuana, se inhalaba pegante ocasionalmente y se consumía alcohol a veces. En este punto, también dejaron a un lado las pretensiones de no ser pandilleros, aceptando y reclamando esta calificación, y hablando en mi presencia sobre la violencia y de temas relacionados con la delincuencia, entre ellos robos planeados y ejecutados, atracos y asaltos.

6. Iniciación dentro de la pandilla

Después de una semana de este nuevo patrón de interacción, comenzó el proceso de mi iniciación en la pandilla del barrio. Aunque gran parte de lo que llamo mi contacto “probatorio” con los pandilleros del barrio podría considerarse razonablemente como parte de un proceso de iniciación, decididamente lo diferencio de los sucesos que siguieron, porque todos los involucrados los percibieron obviamente como cualitativamente diferentes en carácter. Aun si, como señala Ingrid Rudie, el antropólogo o la antropóloga individual inevitablemente impone un cierto sentido subjetivo sobre sus experiencias etnográficas⁴⁴, este índice de reflexión, como sostiene Peter Hervik, se basa en la “experiencia social compartida”

⁴¹ Ver Ekern (1987) y Montoya (2003).

⁴² Aunque también puede significar “de piel clara” en sentido más general, y originalmente es una palabra Maya que significa “azul”, tal vez aludiendo al color de los ojos de los conquistadores españoles. Ver Lancaster (1992: 217) y van der Gulden (1995: 109).

⁴³ Este término también tiene otras connotaciones, entre ellas “destrutivo”, “lesivo”, y “mal intencionado”.

⁴⁴ Ver Rudie (1994).

del contexto del campo⁴⁵. La subsiguiente identificación explícita y repetida por parte de los pandilleros de lo que sigue como mi iniciación, en gran medida moldeó mi interpretación. Hasta qué punto esto fue el producto de que yo fuera un “chele” y un antropólogo es, sin embargo, difícil de establecer, ya que ningún otro joven se unió a la pandilla durante el transcurso de mi trabajo de campo. Por tanto, no dispongo de circunstancias comparables sobre las cuales basarme. Pero cualquiera sea el caso, además de situarme en esta etnografía, este último punto es otra razón para describir mi propio proceso de iniciación (aunque no pretendo que este proceso haya sido típico de manera alguna).

Como probablemente la mayoría de los procesos de iniciación inevitablemente tienden a ser, mi iniciación en la pandilla del barrio fue una mezcla de “ritos” formales e informales. Puede decirse que los pandilleros planearon conscientemente las dos primeras de las tres fases – las que llamo “no ceder terreno” y “robar ropa interior femenina” –, y por lo tanto, sobre todo merecen se les atribuya la tradicional expresión antropológica de “rito de pasaje” (iniciático), según el término acuñado por Arnold van Gennep⁴⁶. El segundo de estos dos “ritos” fue obviamente modificado como resultado de mi condición de “chele”⁴⁷, y esto, al igual que ciertas acciones de mi parte, dio lugar a la necesidad del tercer “rito” – “defender el barrio” – para mi aceptación plena como miembro de la pandilla.

Sin embargo, el tercer incidente fue impremeditado y espontáneo en su ocurrencia y, por tanto, debe distinguirse conceptualmente de los dos anteriores. Vale la pena notar que, si bien los pandilleros eran obviamente conscientes de lo que sucedía, y que yo me di cuenta después del primer incidente y estuve de acuerdo, nunca existió un “acuerdo” manifiesto de que yo estaba presentando un examen para ser aceptado en la pandilla y solo después se dijo explícitamente que esto era lo que había ocurrido. Hasta este punto, mi proceso de iniciación difiere radicalmente de un “rito de pasaje” tal como lo concebía van Gennep.

6.1. No ceder terreno

El primer incidente ocurrió una tarde, casi un mes después de establecerme en el barrio, cuando yo estaba sentado en el borde de la acera de una calle del barrio con una docena o más de pandilleros. La conversación se apagó de golpe y, de repente me encontré observado atentamente por los pandilleros. Estaba a punto de preguntar qué sucedía cuando uno de los jóvenes, de nombre Norman, sacó un cuchillo y comenzó a actuar amenazadoramente en mi dirección. Mis pedidos que desistiera de hacerlo cayeron en oídos sordos: era obvio que esto iba a conducir a una confrontación violenta entre Norman y yo, para lo cual no me sentía preparado ya que yo no era ni particularmente fuerte ni avezado en técnicas de combate.

El cuchillo con que Norman me amenazaba era un cuchillo suizo del ejército (me apresuro a agregar que no era una de esas pequeñas “navajas de oficiales” que se pueden comprar en cualquier almacén de turistas en Suiza, sino un cuchillo grande – aunque funcionaba con el mismo principio de hoja abatible – con los que arman a la infantería del ejército suizo para utilizar, entre otras cosas, para el combate cuerpo a cuerpo). Crecí en Suiza, y entonces había jugado con este tipo de cuchillos desde que tenía 10 años y estaba familiarizado con ellos. En consecuencia, tratando de ignorar los gestos cada vez más amenazantes de Norman, con cierta

⁴⁵ Hervik (1994: 96). Esta línea de argumento es similar a la línea de Pieke que se analiza en la Introducción (Pieke 1995).

⁴⁶ Ver van Gennep (1909).

⁴⁷ Es muy posible que el primer incidente “No ceder terreno” fuera igualmente modificado, ya que parece haber sido particularmente inocuo, en especial cuando se compara con las prácticas de las pandillas estadounidenses – ver por ejemplo Moore, Vigil y García (1983), así como Sánchez Janjowski (1991) – aunque los pandilleros lo negaron consistentemente.

confianza le pedí “dame ese cuchillo que viene de donde yo vengo y te mostraré algunos trucos que no conoces”.

De pronto Norman dejó de hacer payasadas y después de pensarlo un momento me entregó el cuchillo, mientras los demás pandilleros se arremolinaban a nuestro alrededor, excitados ante la perspectiva de esta novedad. Pese a no tener mucho éxito en mi demostración de grandes habilidades en manipularlo, ya que sólo logré cortarme algunos dedos, la situación se calmó y pareció que pasé lo que a la luz de los sucesos siguientes había sido una “prueba”. Como J. Patrick y Martín Sánchez Jankowski señalan⁴⁸, con relación a pandillas británicas y estadounidenses respectivamente, estas “pruebas” pueden servir para evaluar las habilidades de combate de un recluta potencial para una pandilla, dado que un mal combatiente es un lastre para la pandilla en situaciones violentas.

Resulta obvio que mi respuesta no cumplió esta función, pero podría argumentar que la lógica subyacente a esta “prueba” fue diferente. Me parece que estaba ligada a nociones de machismo – lo que inevitablemente es necesario considerar en relación con una institución social dominada por hombres y violenta como una pandilla en Nicaragua – antes que a mis potenciales habilidades como combatiente. Como indica Roger Lancaster, “asumir riesgo, demostrar bravuconadas frente al peligro, es ...en gran medida la esencia del ideal que el machismo tiene de la hombría”⁴⁹, y esto era precisamente lo que yo (sin ser consciente de ello) representé en la forma en que manejé el ataque de Norman. Más o menos había logrado ocultar mi temor y con aire desenfadado comentar sobre el cuchillo y pedir a Norman que me entregara el arma que utilizaba para amenazarme, con el propósito de demostrarle cómo usarla mejor. Aun si no logré producir la destreza que insinué, sólo sirvió para realzar la bravuconería de mis actos.

Por supuesto que la suerte jugó un papel importante en que yo fuera capaz de actuar de este modo, ya que probablemente no habría logrado reclamar el cuchillo de Norman si no hubiera sido un cuchillo suizo. No tengo la menor idea sobre cómo habría podido librarme de esta situación si el origen del arma hubiese sido otro. Sin embargo, debe decirse que, en términos generales, durante todo el proceso de mi iniciación en la pandilla del barrio – y en realidad, durante la mayor parte del tiempo de mi trabajo de campo en Nicaragua – yo tuve muchísima suerte, en realidad, una suerte rara, ya que casi todo mi comportamiento era improvisado, una respuesta del momento a circunstancias y situaciones que por lo general estaban fuera de mi control. De alguna manera, parece que tomé las decisiones correctas para garantizar mi supervivencia.

6.2. Robo de ropa interior femenina

Tal vez el más formal de mis “ritos” de iniciación ocurrió una semana después del incidente del cuchillo. Hacia las 8 de la mañana se hizo evidente que Julio, Miguel y Jairo estaban esperando en la calle frente a la casa de los Gómez a que yo saliera, lo que prontamente hice. Sugirieron ir al cercano mercado Huembes, lo que acepté, ya que era la primera vez que alguien del barrio había sugerido ir a algún lugar fuera del barrio conmigo.

Mientras caminábamos hacia el Huembes, Julio me informó que íbamos a robar algo de un puesto en el mercado. Sintíendome helado de repente, sugerí apresuradamente que tal vez no era buena idea que yo participara, considerando el hecho que como un “chele” sería fácilmente identificable si la gente se daba cuenta de que estábamos robando. Julio respondió con una sonrisa diciendo que todo lo habían pensado – traicionando el hecho que toda esta

⁴⁸ Patrick (1973) y Sánchez Jankowski (1991).

⁴⁹ Lancaster (1992: 195).

empresa era premeditada – y explicó el plan, según el cual yo debía dirigirme solo al puesto objetivo y distraer al vendedor de modo que Julio y los otros dos pudieran correr y agarrar lo que pudieran. Aplacando mi conciencia diciéndome a mí mismo que yo no era quien iba a robar, estuve de acuerdo con el plan. Decidimos que nos encontraríamos después frente a mi casa en el barrio.

Si bien Julio no lo dijo explícitamente, era obvio que la lógica de este arreglo era, por una parte, asegurar que ninguna de las personas presentes me asociara con el robo, pero, por otra parte, que yo habría sido parte integral y activa de la fechoría. Resultaba obvio que el aspecto voluntario de mi participación era absolutamente crucial a este “rito iniciático” claramente adaptado. En tanto que yo podría ser “excusado” de robar el mercado en realidad, no obstante tenía que participar activamente en el robo.

El golpe funcionó de acuerdo con el plan, y ocho piezas de ropa íntima de mujer eran el botín. Cuando me reuní con Julio y los demás en el barrio, me entregaron la ropa interior y me dijeron que ahora tenía que venderla. Con los tres tipos siguiéndome, me acerqué a algunas mujeres que pasaban por el barrio y hora y media después había logrado vender las ocho unidades por la gran suma de 43 córdobas⁵⁰. Normalmente, cada pieza de ropa se vendía por unos 20 córdobas en el mercado, pero como siempre sucede con la venta de artículos robados, una gran rebaja es la norma. Por lo que Julio y los demás me dijeron, mi “pérdida” de casi 75 por ciento no fue brillante, pero podría haber sido peor para una primera venta de artículos robados⁵¹.

Esa noche, cuando nos reunimos para conversar, tomar y fumar – financiado por los 43 córdobas que logré obtener – en el pasaje de la calle ocho – llamada así por una calle muy peligrosa del centro de Managua – los pandilleros me dijeron que yo era un *broder* de verdad, y un miembro de la pandilla con todas las de la ley. Entonces les dije a mis ahora camaradas pandilleros que aunque me sentía muy feliz de ser un pandillero, por varias razones, entre ellas el hecho que era académico europeo y también mi sentido personal de la ética, no sería capaz de participar plenamente en muchas de las actividades que, según comentaban, eran características de una pandilla, tales como asaltar y robar a la gente. También dije que no usaría armas de fuego, sugiriendo básicamente que, tal vez, podría ser un “miembro observador”. Para mi sorpresa, los pandilleros aceptaron mi propuesta sin reparo. Sin embargo, y como se hizo evidente posteriormente, este hecho precipitó la necesidad de un tercer “rito” de iniciación que, tal vez, fue también una función del cambio obvio de la segunda de mis anteriores pruebas de iniciación.

6.3. Defensa del barrio

Al término de una tarde, dos semanas después del incidente del mercado, me encontraba sentado en el borde de la acera frente a la casa de los Gómez, la familia con la cual vivía, charlando con varios miembros femeninos de la familia, Argentina, Adilia, Wanda y Manuela, mientras que otro miembro de la familia, el adolescente – también miembro de la pandilla – Elvis jugaba con Margarita frente a nosotros cuando, de repente, un grupo de 30 o 40 muchachos apareció corriendo por la calle, lanzando piedras a diestra, siniestra y centro, gritando y molestando a los transeúntes. De inmediato, Elvis y yo comenzamos a lanzarles piedras, cubriendo como podíamos la retirada de los demás hacia la casa.

⁵⁰ Aproximadamente cinco dólares.

⁵¹ En el barrio existía un floreciente mercado para pequeños artículos robados como estos, así que no tuve mucho mérito en lograr vender mis productos. Por ejemplo, las mujeres de la familia Gómez con la cual vivía compraban casi todas sus joyas a los pandilleros locales.

Tan pronto como todos estuvieron dentro de la casa y se protegieron, Elvis y yo nos atrincheramos detrás de los árboles frente a la casa para defenderla, mientras la pandilla invasora – porque eso era – se dividía en pequeños grupos los cuales se concentraron en lanzar piedras a las casas y golpear a todos los que todavía quedaban en la calle. Otros tres pandilleros del barrio se unieron a nosotros, lo que nos permitió forzar la retirada del grupo de media docena de pandilleros invasores que habían escogido nuestra casa como blanco. Alrededor de nosotros, pequeños grupos de pandilleros del barrio también participaban, “recuperando” el barrio, manzana por manzana, participando a menudo en combates cuerpo a cuerpo, hasta que la pandilla invasora por fin dio media vuelta y emprendió la huida.

Mientras recorríamos el campo de batalla para averiguar si alguien había quedado malherido, Julio se me acercó y dijo, “Dennis, ahora sós verdaderamente de los nuestros, tenés la onda, hemos visto que querés el barrio y que no tenés miedo y estás listo para defenderlo”. Otros pandilleros también se acercaron y me dijeron lo mismo y, fue en este momento que sentí que en realidad me había convertido en un miembro con todas las de la ley de la pandilla. Si bien los pandilleros podían aceptar que yo tuviera el estatus de “miembro observador”, y tolerar que me rehusara a asaltar o robar a la gente, yo debía demostrar activamente que tenía el espíritu o la forma de ser de un pandillero, lo que significaba no simplemente tener la cabeza rapada, beber o (a veces) fumar marihuana, sino también identificarme con el barrio y estar dispuesto a exponerme al peligro para defenderlo⁵².

7. Reputación, ser dañino, y el “chele pandillero”

Posteriormente se hizo evidente que existieron otras razones diferentes a mi “onda” para iniciarme en la pandilla. Estas eran aunadas a asuntos reputacionales. La reputación de una pandilla es fuente de orgullo y identidad para los pandilleros y, hasta cierto punto, determina las relaciones inter-pandilla. Depende, en parte, del grado de los patrones de comportamiento colectivo violento de la pandilla de muchachos. Una pandilla de Managua, conocida con el colorido nombre de los “Comemuertos” se considera como la más dañina de las bandas de la capital, debido a su constante participación en actos de violencia de alto perfil, por ejemplo. A este respecto, la pandilla del barrio Luis Fanor Hernández no estaba de manera alguna entre las más violentas de Managua, si bien con gran rapidez se estaba volviendo cada vez más violenta, y con certeza era una de las más violentas en el vecindario inmediato, situación que simbólicamente la convertía en la pandilla dominante en una localidad constituida por seis barrios vecinos y parte del mercado Huembes.

Un elemento adicional es el territorio de una pandilla, tanto en términos de su magnitud espacial como de sus connotaciones simbólicas. Se tiene que distinguir entre el territorio propiamente dicho de una pandilla y su territorio de operación. Las dos tienen implicaciones simbólicas. En general, las actividades de las pandillas se confinan en localidades relativamente pequeñas. En la gran mayoría de casos, una pandilla tiene un territorio propio, generalmente asociado con su barrio de origen, y después su territorios de operación, que en general no va mucho más allá de su propio barrio y de los barrios vecindarios. En el caso de la pandilla del barrio Luis Fanor Hernández, su territorio propiamente dicho era el barrio entero y su territorio de operación estaba constituida por seis barrios vecinos y el mercado Huembes.

⁵² Hasta cierto punto, podría aducirse que en realidad existía la necesidad de verme “demostrar lo que valía”, lo cual tal vez respalda los análisis que plantean Patrick (1973) y Sánchez Jankowski (1991), mencionados antes. Que este haya sido el caso o no, tuve muchas oportunidades para reafirmar mi predisposición ante estas exigencias, ya que, es preciso agregar, que este ataque fue el primero – y uno de los más inocuos, ya que posteriormente estuve expuesto regularmente a disparos de ametralladora y mortero – de muchos encuentros durante mi permanencia en el barrio.

Aunque el territorio propiamente dicho de la pandilla del barrio Luis Fanor Hernández no era muy extenso (el vecindario era uno de los barrios más pequeños de Managua), la notoriedad histórica del barrio, el cual había sido en el pasado uno de los barrios más peligrosos de Managua, ciertamente se había contagiado a la pandilla actual, como lo evidenciaban las reacciones de los habitantes de Managua ajenos al barrio, quienes trazaban paralelos con el pasado violento del vecindario y la brutalidad actual de la pandilla⁵³. De hecho, los pandilleros del barrio proclamaban activamente esta asociación con el pasado del barrio, llamándose a sí mismos “Los Sobrevivientes”, en referencia al nombre del barrio anterior a la revolución Sandinista, “La Sobrevivencia” (Luis Fanor Hernández eran un mártir de la revolución). Lo hacían por razones que evocaban estrechamente su asociación más amplia con el pasado violento del barrio, como lo refleja un comentario que me hizo un pandillero de nombre Wilmer, en abril de 1997, sobre la encarnación histórica del barrio:

¡Fue lo máximo, hombre!. La gente nos respetaba. Nadie entraba al barrio, nadie, ¿sabe? Vos entrabas de pie por un lado del barrio y salías por el otro en una caja. Hasta la Guardia tenía temor entrar al barrio. Maje, nos bombardearon con aviones estos hijueputas, porque les daba miedo entrar. ¡Nos tenían miedo, estábamos dañinos!⁵⁴.

Fuera de estos factores más estructurales, las características personales de los pandilleros individuales de la banda eran igualmente importantes respecto de la construcción de la reputación de una pandilla. La más de las veces, era algo así como: este o aquel pandillero era particularmente loco, valiente, o salvaje, por ejemplo. Ciertamente, cuando hablaban de sus colegas – por así decirlo – “Comemuertos”, los pandilleros del barrio Luis Fanor Hernández hacían comentarios como “¡Maje, esos hijueputas son locos, matan a todos!”

Pero el término que los pandilleros usaban más a menudo era “dañino”. La atribución del estatus es el resultado de la violencia. Aunque el pandillero no necesariamente tenía que haber matado para que lo llamaban dañino – aunque haberlo hecho realizaba su estatus – tenía que demostrar alguna forma de patrón sistemático o repetido de comportamiento violento o de aceptación del riesgo. Julio era, pues, considerado supremamente dañino, porque siempre demostraba gran valentía y entusiasmo en las peleas, así como enorme capacidad de aceptación del riesgo – casi nunca se mostraba indeciso, hasta buscaba exponerse a los disparos cuando se usaban armas en los conflictos entre pandillas.

No puedo pretender haber sido dañino en particular, aunque, involuntariamente, demostraba cierto grado de “dañidad” cuando el barrio era atacado, en particular cuando había armas de fuego involucradas, como resultado de mi rechazo a usar este tipo de armas; no obstante, estaba dispuesto a pelear. Sin embargo, me sentía mucho menos inclinado que Julio a exponerme a propósito a las balas, y por tanto podría pensarse que mi “dañidad” era “pasiva”, y razonablemente existían formas más “activas” de violencia y de aceptación de riesgos que contribuían a la reputación de la pandilla.

Cuando hablo de forma “activa” de aceptación del riesgo, me refiero más o menos a “buscar el peligro”. Mi asunción de riesgos en los contextos de los ataques al barrio era “pasiva” en el sentido que no era a propósito, ya que no buscaba el peligro por el peligro, sino que estaba expuesto al peligro como resultado de circunstancias fuera de mi control. Sin embargo, hubo dos ocasiones cuando fui más “activo” en la aceptación del riesgo. En enero y

⁵³ Las personas a quienes pregunté sobre este tema, eran de barrios vecinos, o del cercano mercado de Huembes, y sabían también de la pandilla de manera directa, ya que eran de zonas donde los pandilleros del barrio Luis Fanor Hernández operaban con frecuencia. La pandilla del barrio Luis Fanor Hernández no tenía la misma reputación que tenía la pandilla de los “Comemuertos”, por ejemplo, conocida y temida por toda la ciudad.

⁵⁴ Además, igualmente era significativo que la pandilla utilizara el nombre prerrevolucionario que tenía el barrio como marca “pinta” (graffiti) para demarcar espacialmente su territorio, en forma similar a las “placas” de demarcación territorial de las bandas de Chicanos del Sur de California, que describe Diego Vigil (1988).

marzo de 1997, patrullas de la policía sorprendieron a un grupo de pandilleros (yo entre ellos) cuando estábamos sentados en la calle, fumando, bebiendo y charlando tarde en la noche. Al quedarme atrás y permitir que la policía me capturara, cubrí la huida de los demás pandilleros, quienes estaban desarmados (y tomados) y, por tanto, imposibilitados de defenderse.⁵⁵

Sin embargo, más allá de mi falta de toma activa de riesgos, yo contaba con otros atributos que en verdad afectaron la reputación de la banda, aunque no tenían ningún vínculo con la violencia. En particular, el hecho de ser extranjero definitivamente agregaba algo original a la reputación de la pandilla. En realidad, yo le otorgaba un rasgo distintivo único, ya que de acuerdo con lo que yo sabía, en Managua no había ninguna otra pandilla con un “chele pandillero”, como me conocían.

Este aspecto de la reputación de la banda comenzó a ser conocido en el vecindario inmediato, y eventualmente trascendió la comunidad del barrio y los barrios vecinos, como pude averiguar para mi infortunio a comienzos de junio de 1997 durante una entrevista con un capitán de la Policía del distrito. Durante nuestra conversación, y notando que yo estaba más o menos al tanto del tema de las pandillas de Managua, me preguntó si por casualidad sabía algo acerca de un ¡misterioso “chele pandillero”, de quien había oído que operaba en uno de los barrios del distrito! Naturalmente le respondí que no sabía nada...

Los pandilleros eran definitivamente conscientes de este aspecto que podría realzar su reputación al asociarme con la banda, y a menudo lo mencionaban en la conversación durante mi periodo de iniciación. Yo, en un principio, supuse que se trataba de una suave tomadora de pelo, de una broma, y reía mucho de la idea inicialmente. Pero reí menos, cuando descubrí por primera vez las consecuencias muy reales de este papel social que involuntariamente había asumido, aunque lo hice de manera bastante anecdótica e indirecta.⁵⁶

Una mañana, poco después de mi última fase de iniciación, desperté para encontrarme con que habían cortado el servicio de agua del barrio, lo que no era algo de inusual. Como ese día tenía una entrevista formal fuera del barrio, decidí ir hasta el barrio vecino Pablo Quintero, donde vivía Carola, un miembro extendido de la familia Gómez, para ducharme. Pese a ser pleno día, la familia Gómez no quería dejarme ir, diciendome que era demasiado arriesgado, ya que en ese momento había una guerra entre la pandilla de ese barrio y la nuestra – el ataque al barrio que se convirtió en la tercera parte de mi iniciación había sido el comienzo de esta guerra – y como yo ya era un miembro de la pandilla del barrio Luis Fanor Hernández, y debido a mi condición especial como “chele”, era obvio que yo era un blanco perfecto, ya que un objetivo de las guerras de pandillas es lesionar, golpear o matar a los miembros “reputados” de la pandilla enemiga. Al final, don Saturnino, el querido de doña Yolanda, la matriarca de la familia Gómez, terminó llevándome en su taxi, recorriendo los 750 metros que nos separaban de la casa de Carola, me espero, y me trajo de regreso, conmigo acostado en el asiento de atrás, pensando que todavía tenía mucho que aprender sobre la dinámica de las relaciones entre pandillas.⁵⁷

⁵⁵ Debo decir, no obstante, que sentía muy poco temor de ser aprehendido porque era un “chele”, y la Policía en realidad me dejó ir en ambas oportunidades, sin siquiera llevarme hasta la estación de la Policía (una vez porque me rehusé a pagar el soborno que me pidieron para dejarme ir, y amenacé con denunciarlos por intento de corrupción).

⁵⁶ Tuve también otras oportunidades más violentas averiguarlas, pero esas, como dicen, son otra historia...

⁵⁷ Este episodio también demostró que la familia Gómez era muy consciente de la política de la pandilla del barrio, por así decirlo, un hecho que, posteriormente, sería confirmado una y otra vez. (Ellos no eran la excepción, ya que casi todas las familias del barrio estaban igualmente bien informadas al respecto).

8. La violencia y los dilemas de la observación participante

Hacer parte de la pandilla constituyó claramente una oportunidad de investigación increíble. Me permitió por ejemplo un acceso extenso y abierto con los pandilleros para hacer entrevistas francas y sin miedo (por ambos lados). Así pude entender de sus bocas las cosas que les motivaban explícitamente, como veaban la vida y su papel de pandilleros, la sociedad, y hasta su relación con la violencia. Aunque es cierto que muchos investigadores han podido establecer lazos bastante estrechos con pandilleros sin participar activamente dentro de la pandilla y sin cometer actos violentos, y que entonces se podría decir que tal vez no necesitaba unirme a la pandilla para entrevistar a los pandilleros, es muy probablemente que me hubiera tomado mucho más tiempo en desarrollar mi estudio hasta el nivel de conocimiento que logré bastante rápidamente por los lazos estrechos que tenía con mis “bróderes” pandilleros.

Además, me parece que existe dos tipos de conocimiento, que podemos calificar respectivamente de conocimiento “pasivo” y de conocimiento “activo”. Sin duda, se puede lograr una buena comprensión de un fenómeno a través de un conocimiento “pasivo”, es decir, únicamente a través técnicas tales como entrevistas o de censos. Pero a la origen de la observación participante – es decir, de la antropología moderna - es la idea que es solamente por medio de la participación activa dentro de un fenómeno que uno puede verdaderamente entenderlo por sí mismo, en base a su propia lógica. El hecho de ser pandillero me permitió estar con ellos de manera continua y regular en diferentes momentos y esferas de sus vidas, vivir cosas de todos los días con ellos, y así poder comparar de cerca la distancia que inevitablemente existe entre las palabras y los actos, para aproximar lo tácito o el no expresado de la vida pandillera. También ser miembro de la pandilla hizo que pasé por experiencias que me permitieron entender de manera mucho más visceral diferentes aspectos de lo que era de ser pandillero.⁵⁸ Entendí cosas que nunca me hubiera enterado, porque no eran dentro de mis horizontes intelectuales.

Al mismo tiempo, es claro que ser miembro de la pandilla tenía costos también. Como lo explica muy bien Jack Katz, a un nivel la vida criminal puede ejercer una cierta seducción.⁵⁹ Tiene intrínsecamente un elemento de transgresión de las reglas, es decir de rebeldía casi romántica, hasta de aventurera. También la violencia puede seducir, en parte porque tiene en su ejercicio un elemento inherente de poder, lo que puede precipitar cierta embriaguez, sin duda. De experiencia, por ejemplo, puedo asegurar que los sentimientos que cursean a través de uno cuando se tiene un AK-47 en los manos son muy poderosos y no son únicamente de asco. Pero simultáneamente, tal vez la la cosa la más fuerte que me queda en la mente de mi tiempo en Nicaragua es la memoria del sentimiento de terror casi constante con lo cual vivía. Una gran parte de tiempo no era muy intenso, pero siempre quedaba en el fondo de mi cabeza, y podía fluctuar en intensidad muy rápidamente. A pesar que muchos se han imaginado, al enterarse de mis experiencias en Nicaragua, que hice algo de valiente o de valeroso, la verdad es muy distinta. Viví muchos de los momentos de violencia dentro de la pandilla como si fuera una experiencia fuera de mi cuerpo, un tipo de trance, de lo cual salí propiamente dicho solamente una vez que me fui de Nicaragua. En verdad, me tomó varios años para adaptarme completamente de nuevo a la vida en contextos donde la norma es la seguridad.

Pero tal vez más que todo, sobre todo desde el punto de vista de la investigación académica, hay un costo ético en participar en la pandilla. Muchos me han criticado

⁵⁸ Aunque muchos investigadores han establecido lazos bastante estrechos con pandilleros sin participar activamente dentro de la pandilla y sin cometer actos violentos, me parece que se tiene que distinguir entre lo que podemos calificar de conocimiento “pasivo” y conocimiento “activo”. El “pasivo”

⁵⁹ Ver Katz (1988).

diciendome que no se podía justificar moralmente la participación en hechos violentos con fines de investigarlos. Me dijeron que aceptando unirme a la pandilla hizo que acepté conscientemente participar en varias actividades violentas e ilegales, como guerras de pandillas, robos, peleas, golpizas y conflictos con la Policía, que son actos “inmoral”, “no ético” e “irresponsable”, para utilizar algunas de las expresiones que me han echado. Si bien hasta cierto punto acepto estos reproches como válidos en principio, quiero plantear aquí que siempre existe una tensión fundamental entre los principios y lo práctico, que además me parece salir de manera particularmente fuerte con relación a la antropología de la violencia.

Mis motivaciones iniciales al convertirme en pandillero no eran por consideraciones ligados a mi trabajo de investigación. Más bien me puse en la pandilla porque pensé que sería una estrategia de supervivencia personal válida en lo que yo percibía como circunstancias peligrosas, teniendo en cuenta sobre todo las experiencias directas de violencia que había sufrido durante los meses previos a mi mudanza al barrio Luis Fanor Hernández. Supuse que convirtiéndome en un miembro de la pandilla, estaría en capacidad de acudir a la protección y el apoyo de la pandilla en las condiciones endémicas de inseguridad de la Nicaragua urbana. Se podría pensar que esta estrategia era algo de contra-instintivo, por el simple hecho lógico que asociarse con seres violentos en general incrementa las posibilidades de hechos violentos. A un nivel, es indudable. Los pandilleros eran al centro de la violencia generalizada en Nicaragua, y al unirse a ellos me encontré en el ojo de la tormenta, se puede decir. Además, debido a que mi membresía conllevaba ciertos patrones esperados de comportamiento y una posición social particular de “chele pandillero”, estuve expuesto a varias cosas que probablemente me habrían gustado evitar, entre ellas que me atacaron, amenazaron, golpearon, acuchillaron y me dispararon múltiples veces.

Sin embargo, en muchas de las ocasiones cuando fue atacado y que no podía defenderme con propiedad – lo que pasó con frecuencia – mis camaradas pandilleros venían prontamente en mi ayuda, por lo general con resultados eficaces. No obstante, me enteré después que de hecho la pandilla protegía a todos los que vivían en el vecindario, así que convertirme en miembro no era necesariamente un requisito previo para garantizar este tipo de apoyo. Además, contrariamente a lo que pasa en muchos otros lugares del mundo, salir de la pandilla en Nicaragua no es difícil, más bien es algo que los pandilleros aceptan y respetan. La membresía se vea como algo de voluntario y no de obligatorio. Uno quiere ser pandillero, no se busca guardar a individuos dentro de la pandilla contra sus deseos y si hubiera salir de la pandilla cuando me enteré que me hubiera protegido de todas maneras, no era un problema.⁶⁰

No lo hice porque ser miembro de la pandilla me otorgaba también un estatus personal que con frecuencia sirvió para desactivar varias situaciones potencialmente peligrosas. Por ejemplo, en varias ocasiones, disuadió varios ataques de miembros de pandillas rivales, por temor a provocar una guerra con la pandilla del barrio Luis Fanor Hernández. También aprendí mucho de los pandilleros: técnicas de combate que me ayudaron a sobrevivir algunos encuentros desagradables, instintos que me sirvieron para evitar lugares peligrosos, y maneras de actuar eficaces cuando tuve que hacer frente a situaciones delicadas. Sin estos rasgos y conocimientos, es muy probable que no me hubiera ido de Nicaragua relativamente ileso.

Al mismo tiempo, no quiero minimizar la una oportunidad de investigación sin paralela estoy que me brindó convertirme en pandillero. Por supuesto que tenía una cierta importancia, sobre todo después de un rato cuando empecé a sentirme con más confianza. Pero es necesario subrayar que mi acercamiento a la pandilla definitivamente no fue para estudiarla pero más porque pensé que así aseguraría a lo máximo mi seguridad. Esencialmente, estaba improvisando más o menos ciegamente lo mejor que podía en circunstancias desconocidas e inestables, y fue eso que me empujó hacia esta línea de conducta. El hecho que me brindó una

⁶⁰ Ver Rodgers (2000).

oportunidad de investigación es incidental. Visto así, entonces, ¿como se tiene que pensar mi involucramiento en la pandilla desde un punto de vista moral?

Con relación a esto, hace muchos años, el antropólogo Meyer Fortes – en este entonces director del departamento de antropología social de la universidad de Cambridge – un día adaptó un comentario hecho por George Custer, General de Caballería de los Estados Unidos, y declaró famosamente que “el único antropólogo bueno es un antropólogo vivo”. Lo dijo con los estudiantes de doctorado de su departamento en la mente, después de una serie de eventos más o menos traumáticos y hasta trágicos en esa época, pero pienso que la lógica se puede aplicar también a mi caso (sobre todo dado que era estudiante doctoral en el departamento de antropología social de Cambridge cuando desarrolle mi investigación).

Lo que se puede argumentar desde esta perspectiva, entonces, es que mi estrategia de unirme a la pandilla tuvo una cierta validez situacional dado que sobreviví. Pero desde el punto de vista de la filosofía ética, pensar así es problemático. El filósofo Emmanuel Levinas, por ejemplo, sostenía que la moralidad no es algo de situacional, más bien que permite juzgar a situaciones.⁶¹ La violencia, para él, no se podía justificar éticamente desde lo interno, solamente como fenómeno externo. Sin embargo, nunca es fácil trazar la línea entre lo moral y lo inmoral – ciertamente, la antropología ha hecho su aporte a la destrucción del mito de las normas éticas y morales universales – y esto, se podría argumentar, es particularmente verdad con respecto al fenómeno de la violencia.

Como ha observado David Riches, pocas sociedades existen sin normas, formales o informales, que estipulen la forma en que la violencia debería estar organizada, o códigos morales que justifiquen o condenen su uso⁶². Las ideologías de la violencia legítima existen para apoyar la defensa de estados nacionales, grupos sociales, y ciudadanos individuales. Las instituciones del estado, como los ejércitos, la policía y el sistema judicial despliegan la violencia, aunque como han argumentando tanto Max Weber como Michel Foucault⁶³, esta violencia rara vez se reconoce como tal. Los grupos de vigilantes, las pandillas de vecindario, y los colectivos de aldea todos ellos han invocado creencias o valores comunitarios para explicar el uso de la violencia contra aquellos a quienes se percibe como que amenazan la colectividad. Los individuos amenazados por el uso de la violencia, y aquellos que han recurrido a la violencia ellos mismos en defensa propia, han justificado sus acciones en términos de la ética, los derechos del individuo, y otros diversos modelos de comportamiento razonable.

Visto así, lo que importa no es simplemente la violencia como un acto, que no tiene valor moral intrínseca, sino el razonamiento o la justificación que la sitúa en un marco moral. Considerando de nuevo las objeciones ideológicas al estudio del fenómeno de la violencia desde el punto de vista de los victimarios, se puede argumentar entonces que no hay ninguna justificación moral inherente para rechazar la investigación holística de la violencia. Al final, todo depende de la manera por la cual el investigador se asienta dentro del contexto violento de la investigación y como se relaciona con los actores de la violencia, tanto las víctimas que los victimarios. Es a este nivel que los medios de investigación toma su importancia. Medios participativos tal como la observación participante, por ejemplo, llaman a una asociación estrecha con los actores violentos que muchos vean como problemático.

Cuando uno decide estudiar antropológicamente a individuos violentos, la proximidad inevitable que demanda la metodología antropológica hace que es más que probable que llegará a estar estrechamente asociado ellos, aún si uno no está de acuerdo con la violencia. Pocos actores violentos siempre lo son, y naturalmente, entonces, llegarán a ser amigos y

⁶¹ Ver Levinas (1987: 100) quien sostiene que “la moralidad no pertenece a la cultura: le permite a uno juzgarla”.

⁶² Riches (1986: 9).

⁶³ Respectivamente, Weber (1978) y Foucault (1977).

confidentes, y generalmente terminarán apareciendo como personas perfectamente normales, agradables, a pesar de su violencia, cuando ocurre⁶⁴. Algunos de quienes han trabajado activamente en contextos de violencia – como Carolyn Nordstrom en la línea delantera de Mozambique arrasado por la guerra⁶⁵ – optan por estrategias activa de disociación con respeto a los individuos violentos con quienes interactúan. Pero este tipo de estrategia sólo puede funcionar si la función que se adopta en el contexto del campo es una función marginal, como fue en realidad la de Nordstrom, quien tendía visitar las líneas delanteras después de los enfrentamientos, y además generalmente desde una cierta distancia.

Para el antropólogo quien se sumerge verdaderamente en un contexto de violencia, la cercanía con actores sociales violentos hace que nunca es fácil disociarse de ellos. Hasta mantener una desaprobación de la violencia no siempre es fácil; exige niveles de juicio que fácilmente pueden desmoronarse a medida que el antropólogo se asocia cada vez más con un grupo o individuos violentos, y muy rápidamente se le puede llegar a exigir que comience a cometer actos de violencia él mismo, como parte de la conformación gradual de la relación (podría decirse que esto también incluye el encubrimiento de la violencia – ya sea por omisión o como una activa conspiración de silencio – como una forma de violencia cómplice). También, como fue mi caso, se puede que uno sea tirado por la padrones de comportamiento violento por razones externa (en este caso asegurar mi sobrevivencia).

Desde este punto de vista, es demasiado fácil decir que participar activamente en la violencia es inmoral o no ético, y punto. La realidad situacional de toda investigación antropológica hace que siempre se hace compromisos, que sea activamente or pasivamente. En el análisis final, como observó William Foote Whyte en el apéndice metodológico de la edición ampliada de su innovadora obra *Street Corner Society*⁶⁶, el criterio ético determinante no puede ser otro que “el trabajador de campo ...tiene que continuar viviendo consigo mismo. Si el observador participante se encuentra a sí mismo participando en un comportamiento que él ... considera inmoral, entonces es posible que comience a preguntarse que clase de persona es después de todo”⁶⁷. Sin embargo, se trata de un asunto privado antes que público. Si bien, en principio, encuentro que algunas de mis acciones en Nicaragua son de carácter bastante dudoso de acuerdo con mi propio índice de valores actual, cuando les considero en el contexto de las circunstancias reales en las que me encontraba cuando ocurrieron estas acciones, encuentro que puedo vivir bastante felizmente conmigo mismo.

En últimas, se fija una norma moral relativa, lo cual tal vez resulta difícil para otros que no han estado en circunstancias similares o equivalentes con las cuales asociarse. Participé en la violencia para defenderme. También participé activamente en conflictos entre pandillas, con el fin de proteger al barrio y a sus habitantes. Pero con un par de excepciones, limité mi participación en actividades pandilleras violentas únicamente a aquellas que yo sentía equivalían a una forma de defensa propia (si bien es cierto con un objetivo de defensa más amplio que simplemente yo mismo, también participé activamente en la defensa del barrio y de sus habitantes, por ejemplo). No maté a nadie. También me rehusé a usar armas de fuego en cualquier momento, lo cual, como lo sugerí antes, de muchas formas fue perjudicial para mi preocupación cardinal de garantizar mi propia supervivencia, ya que significaba que con demasiada frecuencia me encontraba en situaciones de tratar de defenderme de las balas con palos y piedras.

Todos estos comportamientos constituyen un código de conducta eminentemente individual, un código que otros quizás puedan o no puedan compartir o con el que puedan o no estar de acuerdo. Además, se tiene que subrayar que tuve mucha suerte de haber podido

⁶⁴ Ver Fielding (1982).

⁶⁵ Ver Nordstrom (1995).

⁶⁶ Ver Whyte (1955).

⁶⁷ Whyte (1955: 327).

tomar esas opciones (y todavía más suerte haber podido sobrevivir a ellas, dependiendo tal vez de las perspectivas y prioridades de uno). Mi condición de extranjero significaba que yo podía fijar reglas básicas que no eran opciones – tanto prácticamente como socialmente – para los otros pandilleros, tan como mi edad y mi género hicieron que no tuve problemas entrando dentro del sistema pandillero. Si hubiera sido mujer y no varón, claramente todas estas opciones no hubieran sido posible.

Igualmente importante de analizar en el contexto de este debate son las motivaciones que uno tiene respecto a emprender este tipo de investigación sobre la violencia. Participar activamente en la violencia estrictamente sólo por investigarla, en realidad *sí* me parece, y en alto grado, inmoral y falto de ética. Pero es una posición muy subjetiva. ¿Qué se dice de la investigación participativa en la violencia, cuyo propósito es iluminar formas de garantizar la “paz”, por ejemplo? A este nivel, aunque no me fui a Nicaragua para desarrollar un estudio sobre pandillas y violencia pero sobre pobreza y sobrevivencia, mi motivación – además del objetivo de obtener un título de doctorado – era de desempeñar una investigación que podría contribuir al desarrollo de Nicaragua, recogiendo datos y proponiendo análisis que permitirían mejorar las intervenciones sociales. Aunque cambié de tema, el presente ensayo hace parte de mis esfuerzos para comunicar lo que sé de las pandillas nicaragüenses, esperando que tendrá en iniciativas buscando impactar la violencia pandillera, tanto en Nicaragua así como, quizás, en otros países de América Latina. Desde este punto de vista, yo diría que valía participar en actos violentos para poder potencialmente iluminar formas de garantizar la “paz”, pero otros seguramente dirían que eso depender del efecto concreto de mis comunicaciones, por ejemplo.

9. A modo de cierre

¿Hasta que punto deberían los antropólogos “hacer del peligro una vocación”, entonces? Como espero haber demostrado a través de mis propias experiencias en Nicaragua, y también con la anterior discusión teórico-ética, espero que se ha quedado claro que eso es una pregunta rodeada de complejidades y que implica profundos dilemas, tantos morales como prácticos. Lo que a mi juicio sobresale más que todo, tal vez, es la profunda importancia de lo situacional. El contexto dentro lo cual, y la manera que, el antropólogo o la antropóloga encuentra la violencia cuando la quiere estudiar es clave, porque a un nivel básico determina todo. Existen justificaciones metodológico-teóricas importantes para estudiar la violencia, y sobre todo los victimarios, por medio de la observación participante. También existen justificaciones prácticas y éticas para no hacerlo. Pero al final los dos tipos de justificaciones se subordinan al situacional, es decir que siempre se someten a la prueba del terreno. Visto así, lo que podemos decir, entonces, es que tal vez los antropólogos no hacen del peligro una vocación, pero más bien que el peligro les determina su vocación...

Por último, quiero terminar este ensayo con un par de planteamientos relativos a su forma narrativa. La violencia no sólo tiene ramificaciones para su investigación, sino también para su representación. E. Valentine Daniel⁶⁸, Cynthia Keppley Mahmood⁶⁹ y Philippe Bourgois⁷⁰ sugieren todos, por ejemplo, que debido al carácter mismo de su materia de estudio, las etnografías de la violencia fácilmente pueden dar origen a una práctica retorcida de “pornografía”, una antropológica sensacionalista que muestra el sufrimiento íntimo de las vidas de la gente para que todos lo veamos y nos regodeemos en él. Hasta cierto punto, tienen

⁶⁸ Daniel, citado en Feldman (1995: 245). Ver también Daniel (1996: 4).

⁶⁹ Mahmood 1996: 272).

⁷⁰ Bourgois (1995: 15-18).

razón, aunque diría que a un nivel eso tiene más que ver con el carácter inherente de la antropología más bien que la materia de estudio violenta.

Como alguna vez lo planteó Andrew Strathern tan notoriamente⁷¹, los antropólogos no están lejos de ser “fisgones profesionales”, husmeando en las vidas de la gente y exponiéndolas ante los demás en una forma frecuentemente caballeresca. Desde este punto de vista, reteniendo la metáfora carnal de Daniel y Mahmood pues, uno podría llegar a decir que la etnografía de la violencia es la pornografía “dura” al voyerismo “suave” más general de la antropología, y como todos estamos en el “comercio del sexo”, por así decirlo, sus objeciones se relacionan con una cuestión de grado, antes que de sustancia y, por tanto, no son tan significativas como dicen ser (la cuestión crucial es más sí se justifica que uno esté involucrado en el “comercio” antropológico de alguna manera, pregunta que no trataré de contestar, ya que mi respuesta está implícita en el hecho mismo de este ensayo).

Más problemática es la acusación que una etnografía de la violencia, y en especial una que al menos en parte se centre en torno a las experiencias personales del antropólogo, corre el riesgo de convertirse en una narrativa particularmente sensacionalista, que perpetúa los estilos de estereotipos de “hombre (o mujer) duro(a)” “Indiana Jones”⁷². Ciertamente, es verdad que el tema de la violencia es tal que inevitablemente cualquier estudio basado en investigación participativa se presta de alguna manera al sensacionalismo, en particular cuando uno ha tomado parte activa en la violencia. Este hecho hace que la forma narrativa de la etnografía sea particularmente importante, y la línea entre escribir un relato narcisista y gratuitamente violento y lograr una narrativa equilibrada que invoque tanto al antropólogo – porque un antropólogo *debe* situarse en la etnografía – como a aquellos a quienes estudia es muy delgada⁷³.

De repente, he tratado en este ensayo de no caer en la trampa de escribir un texto sensacionalista. Eligí utilizar un episodio relativamente benigno de mis experiencias de pandillero para ilustrar los temas que quería subrayar. Aunque mi iniciación dentro la pandilla puede parecer haber sido violenta, no lo fue en comparación a otras cosas que viví posteriormente. No hubo muertos. No hubo lesionados graves. No aparecen armas de fuego. Semejantemente, hay muchos asuntos que no toco con la profundidad que hubiera podido – por ejemplo la manera en que mi encuentro con la violencia me cambió o como reaccioné a incidentes específicos de violencia y como eso determinó direcciones de investigación particulares. He sido regulado por un deseo de minimizar la violencia para lograr un debate serio que no cae en una “pornografía” y por eso es posible que algunos vean entonces este ensayo como incompleto o superficial. Sin embargo, antes de condenarlo, es importante recordar que en último, como observa Phillippe Bourgois,⁷⁴ los dilemas y las responsabilidades relativas a la antropología de la violencia no son solamente del antropólogo pero también del lector de sus escritos...

Bibliografía

- Argüello, M., (1981), *Los más Pobres en Lucha*, Heredia, Costa Rica: EUNA.
Bourgois, P., (1995), *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*, Cambridge: Cambridge University Press.

⁷¹ Ver Strathern (1979).

⁷² Ver van Manen *et al.* (1995: Viii).

⁷³ Aunque, sin embargo, este es un problema que no necesariamente es particular a la etnografía de la violencia, como lo señala Geertz (1988).

⁷⁴ Bourgois (1995: 18).

- Cajina, R. J., (2000), "Nicaragua: De la seguridad del Estado a la inseguridad ciudadana", in A. Serbin and D. Ferreyra (eds), *Gobernabilidad Democrática y Seguridad Ciudadana en Centroamérica: El caso de Nicaragua*, Managua: CRIES.
- Conrad, J., (1990 [1902]), *Heart of Darkness*, Mineola, NY: Dover Publications.
- Crapanzano, V., (1986), "Hermes' dilemma: The masking of subversion in ethnographic description", en J. Clifford y G. E. Marcus, (eds), *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, CA: University of California Press.
- Daniel, E. V., (1996), *Charred Lullabies: Chapters in an Anthropography of Violence*, Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Ekern, S., (1987), *Street Power: Culture and Politics in a Nicaraguan Neighbourhood*, Bergen Studies in Social Anthropology No. 40, Bergen: University of Bergen.
- Engels, F., (1973), *The Condition of the Working Class in England*, Moscow: Progress Publishers.
- Feldman, A., (1991), *Formations of Violence: The Narrative of the Body and Political Terror in Northern Ireland*, Chicago, IL: University of Chicago Press.
- Feldman, A., (1995), "Ethnographic states of emergency", en C. Nordstrom y A. C. G. M. Robben, (eds), *Fieldwork under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*, Berkeley, CA: University of California Press.
- Fielding, N., (1982), "Observational research on the national front", en M. Bulmer, (ed), *Social Research Ethics*, London: Macmillan.
- Fleisher, M. S., (1998), "Ethnographers, Pimps, and the Company Store", en J. Ferrell y M. S. Hamm, (eds), *Ethnography at the Edge: Crime, Deviance, and Field Research*, Boston, MA: Northeastern University Press.
- Foucault, M., (1977), *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*, traducción de A. Sheridan, Harmondsworth: Penguin Books.
- Geertz, C., (1973), *The Interpretation of Cultures: Selected Essays*, Londres: Fontana Press.
- Geertz, C., (1988), *Works and Lives: The Anthropologist as Author*, Stanford, CA: Stanford University Press.
- González de la Rocha, M., (1994), *The Resources of Poverty: Women and Survival in a Mexican City*, Oxford: Blackwell.
- Hart, K., (sin fecha), "African enterprise and the informal economy: An autobiographical note", mimeo [posteriormente traducido y publicado como "Entreprise africaine et l'économie informelle", en S. Ellis and Y. Faure, (eds), (1994), *Entreprise et Entrepreneurs Africains*, París: Karthala].
- Hervik, P., (1994), "Shared reasoning in the field: Reflexivity beyond the author", en K. Hastrup y P. Hervik, (eds), *Social Experience and Anthropological Knowledge*, Londres: Routledge.
- Howell, N., (1990), *Surviving Fieldwork: A Report of the Advisory Panel on Health and Safety in Fieldwork*, Washington, DC: American Anthropological Association.
- Katz, J., (1988), *Seductions of Crime*, New York, NY: Basic Books.
- Krohn-Hansen, C., (1997), "The anthropology and ethnography of political violence", *Journal of Peace Research*, 34 (2): 233-240.
- Lancaster, R. N., (1992), *Life is Hard: Machismo, Danger, and the Intimacy of Power in Nicaragua*, Berkeley, CA: University of California Press.
- Lee, R. M., (1995), *Dangerous Fieldwork*, Qualitative Research Methods Series no. 34, Thousand Oaks, CA: Sage.
- Levinas, E., (1987), *Collected Philosophical Papers*, Dordrecht: Martinus Nijhoff.
- Lloyd, P., (1979), *Slums of Hope?: Shanty Towns of the Third World*, Manchester: Manchester University Press.
- Lloyd, P., (1980), *The Young Towns of Lima*, Cambridge: Cambridge University Press.

- Lomnitz, L. A., (1977), *Networks and Marginality: Life in a Mexican Shantytown*, New York, NY: Academic Press.
- Mahmood, C. K., (1996), *Fighting for Faith and Nation: Dialogues with Sikh Militants*, Philadelphia, PA: University of Pennsylvania Press.
- Martin, G., (1996-97), “Violencias estratégicas et violencias désorganisées dans la région de Urabá en Colombie”, edición especial sobre “Survivre: Réflexions sur l’Action en Situation de Chaos”, *Cultures & Conflits*, (24/25), invierno-primavera, pp 181-221.
- Marx, K., (1977), *Selected Writings*, editado por D. McLellan, Oxford: Oxford University Press.
- Montoya, R., (2003), “House, Street, Collective: Revolutionary Geographies and Gender Transformation in Nicaragua, 1979–99”, *Latin American Research Review*, 38 (2): 61-93.
- Moore, J., J. D. Vigil y R. García, (1983), “Residence and territoriality in Chicano gangs”, *Social Problems*, (31), pp 182-194.
- Moser, C. O. N., (1981), “Surviving in the suburbs”, edición especial sobre “Women and the Informal Sector”, *IDS Bulletin*, 12, (3), pp 19-29.
- Nietzsche, F., (1969 [1883-1885]), *Thus Spoke Zarathustra: A Book for Everyone and No One*, traducido y con una nueva introducción por R. J. Hollingdale, Londres: Penguin.
- Nordstrom, C., (1995), “War on the front lines”, en C. Nordstrom y A. C. G. M. Robben, (eds), *Fieldwork under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*, Berkeley, CA: University of California Press.
- Nordstrom, C. y J. Martin, (1992), “The culture of conflict: Field reality and theory”, en C. Nordstrom y J. Martin, (eds), *The Paths to Domination, Resistance, and Terror*, Berkeley, CA: University of California Press.
- Nordstrom, C. y Robben A. C. G. M., (eds), (1995), *Fieldwork under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*, Berkeley, CA: University of California Press.
- Patrick, J., (1973), *A Glasgow Gang Observed*, Londres: Eyre Methuen.
- Perlman, J. E., (1976), *The Myth of Marginality: Urban Poverty and Politics in Rio de Janeiro*, Berkeley, CA: University of California Press.
- Pieke, F. N., (1995), “Witnessing the 1989 Chinese People’s Movement”, en C. Nordstrom y A. C. G. M. Robben, (eds), *Fieldwork under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*, Berkeley, CA: University of California Press.
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo), (2000), *El Desarrollo Humano en Nicaragua*, Managua: PNUD.
- Robben, A. C. G. M., (1995), “The politics of truth and emotion among victims and perpetrators of violence”, en C. Nordstrom y A. C. G. M. Robben, (eds), *Fieldwork under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*, Berkeley, CA: University of California Press.
- Robben, A. C. G. M. y C. Nordstrom, (1995), “The anthropology and ethnography of violence and sociopolitical conflict”, en C. Nordstrom y A. C. G. M. Robben, (eds), *Fieldwork under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*, Berkeley, CA: University of California Press.
- Roberts, B., (1973), *Organizing Strangers: Poor Families in Guatemala City*, Austin, TX: University of Texas Press.
- Rocha, J. L. (2000), “Pandillero: La mano que empuña el mortero”, *Envío*, no. 216, Marzo, <http://www.envio.org.ni/articulo.php?id=994>.
- Rodgers, D., (1997), “Un antropólogo-pandillero en un barrio de Managua”, *Envío*, 16, (184), julio, pp 10-16.

- Rodgers, D., (2000), *Living in the Shadow of Death: Violence, Pandillas, and Social Disintegration in Contemporary Urban Nicaragua*, Tesis para optar al título de doctor, Department of Social Anthropology, University of Cambridge, UK.
- Rodgers, D., (2004), *Disembedding the City: Crime, Insecurity, and Spatial Organisation in Managua, Nicaragua*, DESTIN working paper no. 04-50, London: DESTIN, <http://www.lse.ac.uk/collections/DESTIN/pdf/WP50.pdf>.
- Rudie, I., (1994), "Making sense of new experience", en K. Hastrup y P. Hervik, (eds), *Social Experience and Anthropological Knowledge*, Londres: Routledge.
- Rushdie, S., (1987), *The Jaguar Smile: A Nicaraguan Journey*, New York, NY: Penguin.
- Sánchez Jankowski, M., (1991), *Islands in the Street: Gangs and American Urban Society*, Berkeley, CA: University of California Press.
- Sinclair, M., (ed), (1995), *The New Politics of Survival: Grassroots Movements in Central America*, New York, NY: EPICA/ Monthly Review Press.
- Sluka, J. A., (1989), *Hearts and minds, water and fish: Popular support for the IRA and INLA in a Northern Irish ghetto*, Greenwich, CT: JAI Press.
- Sluka, J., (1990), "Participant observation in violent social contexts", *Human Organization*, 49: 114-126.
- Strathern, A., (1979), "Anthropology, 'snooping', and commitment: A view from Papua New Guinea", en G. Huizer y B. Mannheim, (eds), *The Politics of Anthropology: From Colonialism and Sexism Toward a View from Below*, The Hague: Mouton.
- van der Gulden, C. M., (1995), *Vocabulario Nicaragüense*, Managua: Editorial UCA.
- van Gennep, A., (1909), *Les rites de passage*, París: Librairie Critique Emile Nourry.
- van Maanen, J., P. K. Manning, y M. L. Miller, (1995), "Series editors' introduction", en R. M. Lee, *Dangerous Fieldwork*, Qualitative Research Methods Series no. 34, Thousand Oaks, CA: Sage.
- Vigil, J. D., (1988), *Barrio Gangs: Street Life and Identity in Southern California*, Mexican-American Monograph Number 12, Austin, TX: University of Texas Press.
- Weber, M., (1949), *The Methodology of the Social Sciences*, New York, NY: The Free Press.
- Weber, M., (1978), *Economy and Society*, editado por G. Roth y C. Wittich, 2 tomos, Berkeley, CA: University of California Press.
- Whyte, W. F., (1955 [1943]), *Street Corner Society: The Structure of an Italian Slum*, 2a. edición (ampliada), Chicago, IL: University of Chicago Press.

EL AUTOR

Dennis Rodgers es profesor titular en el Instituto de Estudios para el Desarrollo de la London School of Economics and Political Science. Su investigación actual se centra en temas relacionados con la delincuencia y la inseguridad ciudadana en Nicaragua y en el análisis de las políticas locales de la crisis económica en Argentina. Ambas líneas de investigación están siendo desarrolladas en el contexto del Programa de Estados en Crisis (<http://crisisstates.com>). Dirección de contacto: Development Studies Institute, London School of Economics and Political Science, London WC2A 2AE, United Kingdom (email: d.w.Rodgers@lse.ac.uk).